

16° Domingo Ordinario A/2014

Las lecturas de este domingo hablan de la realidad del mal en el mundo y del perdón de Dios. Nos recuerdan la importancia de la misericordia de Dios y su intención de salvarnos. Nos invitan también a confiarnos a su misericordia y arrepentirnos de nuestros pecados a fin de merecer la salvación.

La primera lectura del libro de la Sabiduría describe la vida interior de Dios. Nos recuerda que Dios cuida todas las cosas con justicia, clemencia y delicadeza. Da también el motivo por el cual Dios actúa de esta manera, es decir, para que su pueblo sea justo, se llene de esperanza y aprenda a arrepentirse de sus pecados.

Lo que este texto nos enseña es que Dios es amor y misericordia. Otra idea es que Dios no juzga a la gente según sus hechos; al contrario, lo trata con clemencia. La última idea está relacionada con la necesidad de esperar en Dios y de arrepentirse de los pecados.

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy en que Jesús da una serie de parábolas, comparando el reino de los cielos a un campo escardado, a la semilla de mostaza y a la levadura. De hecho, en la primera parábola, Jesús compara el reino de los cielos a un campo en el cual un agricultor plantó semillas buenas, pero por la noche su enemigo llegó y sembró cizaña.

Ambas semillas, la buena y la cizaña crecieron juntas. Cuando los trabajadores se dieron cuenta de la maleza, quisieron arrancarla, pero el dueño se negó por miedo de que destruyeran la cizaña y el trigo también. En cambio, propuso que guardaran paciencia hasta el tiempo de la cosecha en donde seleccionarían y separarían la cizaña del trigo.

En la segunda parábola, Jesús compara el reino de los cielos a una semilla de mostaza la cual es la más pequeña de todas las semillas, pero que se convierte en un grande y atractivo árbol cuando crece. En la última parábola, compara el reino de los cielos a la levadura que fermenta.

Finalmente, Jesús da razón de por qué habla en parábolas y no abiertamente. Entonces, en un intento de dejar a los discípulos para entender su discurso, Jesús les explica cómo el sembrador es el hijo de Dios, la semilla buena los niños de Dios, la cizaña los partidos del maligno, el enemigo el diablo, la cosecha el final del tiempo y los cosechadores los ángeles.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Hoy, quiero hablar de la presencia del mal en el mundo y de la manera en que Dios maneja esto. Cuando hablo del manejo del mal por Dios, no quiero decir que leo la mente de Dios de modo que pueda decir que trata el mal de esta u otra manera. Lo que voy a decir es inspirado por la narrativa que encuentro en las parábolas de hoy.

Déjeme comenzar con una observación simple: el mal no es abstracto; existe realmente. Existe en muchas formas de las cuales algunas son visibles a los ojos, otras muy sutiles, y algunas otras escondidas, hasta en el corazón de la gente. El acontecimiento del 11 de septiembre de 2001 puede ser considerado como una visible y espectacular manifestación del mal.

Cuando encontramos el mal de esta manera, nos preguntamos por qué Dios le deja existir o no lo termina. Según el Evangelio de hoy, la actitud humana hacia el mal no es la misma de Dios. Para la gente, el mal tiene que ser destruido en seguida. Dios, al contrario, suplica paciencia y serenidad hasta el final.

¿Por qué actúa así? Primero. Como seres humanos, tenemos una imagen parcial de la vida de una persona de modo que no sabemos lo que está escondido en su corazón. Por supuesto, alguien que podría haber hecho algo incorrecto, pero también podría lamentarse y querer cambiar. En ese sentido, Dios da una segunda posibilidad a los que se equivocan porque se arrepientan. Esta es la razón, por la que el dueño no quiere que los trabajadores saquen prematuramente la cizaña del campo.

Segundo. El bien y el mal no existen sólo en el mundo, pero hasta en la Iglesia y en la gente. De hecho, en cada uno de nosotros, hay una coexistencia tanto del bien como del mal, una mezcla de las cualidades y de las imperfecciones. Si Dios quisiera destruirnos ahora mismo debido a nuestro carácter o debido a nuestras imperfecciones, que pena sería. De ser así, Dios nos estaría negando la posibilidad de cambiar nuestra vida. Por eso, al mostrarnos su paciencia, Dios nos da también el tiempo para arrepentirnos.

Creo que esto nos da un poquito una idea de la economía de salvación de Dios hacia nosotros y hacia el mundo. Dios no quiere destruirnos debido a la presencia de mal en nosotros; quiere que cambiemos y nos convirtamos de nuestra situación pecadora.

Tercero. Porque es obvio que, a pesar de nuestras cualidades, tenemos también imperfecciones, hay sólo una cosa que tenemos que hacer, es decir, ser tolerantes hacia las personas malas. Además, ya que Dios deja al bueno y al malo vivir juntos en el mundo hasta el final, tenemos que ser, por nuestra parte, tolerantes y aceptar que la gente viva aunque sean malas personas. Por supuesto, existe siempre un desafío de modo que cuando Dios nos perdona, quiere también que cambiemos. Depende de nosotros responder a la gracia de Dios y hacernos buenas personas.

Por eso, tenemos que pensar en el juicio final y no estar satisfechos porque Dios es indulgente. En verdad, Jesús quiere que permanezcamos positivos y optimistas aun si el mal existe en el mundo. Además, si hay una coexistencia del mal y del bien en el mundo, significa también que Dios nos da el deber de ayudarnos unos a otros, para hacernos buenas personas, mientras estamos todavía en la tierra. Esta es la razón por la que Jesús da también la parábola de la semilla de mostaza, que es el más pequeño de todos los árboles, pero que se hace al final un árbol grande, o cuando Jesús habla de la levadura que fermenta.

La semilla de mostaza que crece en árbol y la levadura que fermenta simbolizan el triunfo del bien sobre el mal. Simbolizan también el éxito como resultado final sobre los fracasos de un principio modesto. El optimismo que debemos guardar no es sólo sobre la situación del mundo, sino también sobre nuestras propias dificultades de la vida, la educación de nuestros niños, la desilusión en nuestros empleos, el fracaso en la vida de matrimonio o el escándalo en la iglesia.

Oremos porque Dios nos de la paciencia y el coraje para trabajar por el cambio que espera de nosotros. Pidámosle ayuda para guardar nuestra esperanza viva a pesar de la presencia del mal en el mundo. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Sabiduría 12, 13. 16-19; Romanos 8, 26-27; Mateo 13, 24-43



Fecha de la Homilía: el 20 de Julio 2014
© 2014 – Padre Felicien I. Mbala, Ph. D., STD
Póngase en contacto: www.mbala.org
El nombre de Documento: 20140720homilia.pdf